



DAYA Y AANGAÑE

Una leyenda waorani

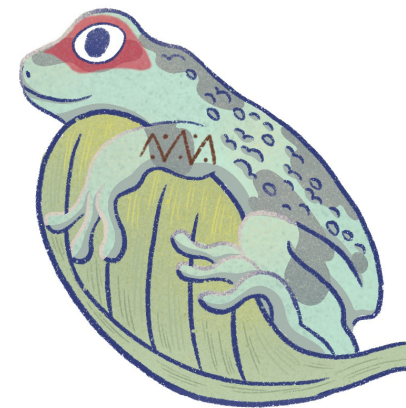


Dorani naani apenegaiano

DAYA tono AANGAÑE

NARRACIÓN: DIKA GUIQUITA

ILUSTRACIONES: LA GUAYTAMBA



The Nature
Conservancy 
Ecuador

DAYA Y AANGAÑE. Una leyenda waorani

©NAWE 2025

Publicado por:

The Nature Conservancy
Av. de los Shyris y Suecia
Quito, Ecuador
Ph. +593 244 49 83
Correo electrónico: ecuador@tnc.org

Nacionalidad Waorani del Ecuador
Calle Severo Vargas y Pedro Vicente Maldonado
Puyo, Ecuador
Correo electrónico: secretaria@nawe.org.ec

Coordinación general:

Ene Nenquimo, vicepresidenta de la Nacionalidad Waorani del Ecuador – NAWE
Gabriela Celi, coordinadora de la Estrategia Amazónica ecuatoriana TNC
Carolina Carrillo, especialista en Conservación de Agua Dulce TNC
Carolina Bustamante, especialista en Comunicación TNC

Producción editorial y adaptación literaria: Eliana Ordóñez Ch.

Ilustraciones y diseño: Sofía de la Torre (*La Guaytamba*)

Narración original: Dika Guiquita, Comunidad de Kenaweno

Recopilación oral: Eliana Ordóñez Ch. e Isabel Perdomo

Versión escrita a español: Isabel Perdomo

Correcciones y aclaraciones: Gilberto Nenquimo

Traducción español - wao tededo: Gilberto Nenquimo

Mayo 2025

Esta obra literaria es una creación colectiva basada en una narración tradicional del pueblo Waorani, narrada por Dika Guiquita y desarrollada en colaboración entre la Nacionalidad Waorani del Ecuador (NAWE) y The Nature Conservancy (TNC). Su contenido refleja conocimientos ancestrales, así como aportes técnicos y editoriales realizados con respeto cultural.

Prohibida su venta.

El uso de esta obra está autorizado únicamente para fines educativos, culturales y de beneficio público. Toda reproducción, adaptación o distribución total o parcial requiere autorización previa y por escrito de NAWE y TNC.

Obra protegida por la Ley de Propiedad Intelectual del Ecuador.

Este cuento fue narrado por **Dika Guiquita**, sabio waorani de la comunidad Kenaweno.

Lo escuchó de su abuelo, y ahora lo comparte para que las nuevas generaciones conozcan la sabiduría de su pueblo.

Dika recuerda que el Curaray no solo lleva agua, también lleva memoria.

Mani dorani kegain apenkanpa **Dika Guiquita**, nee nangii eñenga nani keweñomo Kenaweno owoka. Eñengatapa wemenga apeneka, aye ñowo temenga weete ñowo perani inanite oromo gokampa. Eñekadanipa ante wemeidi nani kegaincoo nani owoñomo. Dika angampa Ewegono (Curaray) wiin epenke impa maniyomo nangii dorani kewengainkoo mee ongompa.



Con traducción, correcciones y aclaraciones de Gilberto Mincaye Nenquimo.

Wao tededo tono waa kete aye edemo tedete kekampa Gilberto Mincaye Nenquimo.

Un visitante en la ribera

En una comunidad a orillas del río Curaray, a las faldas de la cordillera del Yasuní vivía Boica con su madre y su padre.

Una tarde, mientras la brisa movía las hojas y el agua hablaba con las piedras, llegó un forastero. Era alto, de mirada serena y fuerte como un tronco de ceibo.

—Soy Daya —dijo—. He visto cómo Boica cuida de su casa, canta al río y recoge las plantas con respeto. Vengo a pedirle que me permita caminar junto a ella.

Daya entregó un canasto con muchos peces que había traído para la ocasión. Boica lo observó con curiosidad. Luego miró a su madre y dijo

—Si ha venido con respeto, que el río y el monte decidan—.

Ambas mujeres, sorprendidas por la presencia, generosidad y mirada apacible de ese hombre venido de lejos, aceptaron la ofrenda.

Esa noche hubo una boda sencilla, con chicha y cantos bajo la luna.

Eñake ponga epewereka

Aroke nani keweñomo Ewegono epewere (Curaray), Yasuni onkiyabo gaane kewegadanimpa Boica waana aye wempo. Aroke gawareke, woboye oñaboka woro woro kekayonte, epe dika tono tedeyonte, aramainga eñake pongakaimpa, doñenga, engii emonga aye teemonga gemenewe bainga.

—Boto Daya imopa —angantapa—. Onko aaka, epene gote amotamini anga, waa kete ganka mingaa ingampa Boica. Mani beyen boto aoo amini tomenga tono geña gokimona.

Tomenga Daya otode geyekoo ente pongantapa tomeñede beyee. Boica ebano iin ante waa acantapa. Wantewante ate waana inaa waa adinke agantapa —Tomenga iñomo noinga waa kete pongaimpa, inkete epe tono omede anguinaa—.

Tomena menaa onkiñena, ponente bagadaimpa tomenga bakoo ente ponga beyee waa adatapa tomenga goobe ponga ingampa ante aoo ante oon enatapa.

Manii woyowote wedenke kedanipa tepee aye amotamini anani apaika ñao owoyede.



El hombre que pescaba sin red

Daya era un compañero generoso y atento, siempre traía comida para la familia y para otros del caserío. Pero lo que más sorprendía era su habilidad para pescar. No usaba ni anzuelo, ni lanza, ni barbasco. Cada día traía shandias, carachamas, bocachicos y bagres, siempre de los más grandes.

—Haz chicha de chucula, Boica —decía al amanecer—. Hoy traeré más pescado para el almuerzo.

Su generosidad parecía infinita, y su destreza para pescar causaba gran envidia. Nadie sabía cómo lograba atraer a los peces.

Geye daronga keeme omepoka inke

Daya iñomo noo wadete keeka aye eñente ingantapa, kowee kengii eente pongantapa aye warani beyee gote ente pongaa. Inkete tomenga yekene nangii geye tenonga ingatapa, neenamain ingantapa bogeme, tapago aye kompago. Tomaa itede etepogantapa ñenenke taranga, oba, kedemene, omade.

—Peneme ongemii beboe, Boica —ñao bayonte angakaimpa—. Ñowo bacoo geyekoo antepomoe tekebeka kengii beyee.

Nangii waakeka ponii ingampa, tomenga ebano kete geye nangii daronga ante piinte adani taapa. Eñenamain inanitapa ebano kete geyekoo nangii poni daronga ante.



La sospecha del cazador

Uno de los hombres de la comunidad, conocido por ser un gran cazador, comenzó a observar con envidia y desconfianza.

—Ese hombre no es como nosotros —decía en voz baja.

Así que una mañana salió de cacería y de regreso a casa se bañó en el río. Mientras tanto Daya llegaba con su canasto vacío.

Cruzó ramas, trepó lianas, y se ocultó entre arbustos cerca de la ribera, para observar a Daya en silencio.

Awemo akantapa nee oonke kewenga

Nee iyomo kewenga adokanke, nee nangii oongan ingantapa, akantapa piinte bain, wii ademo kete bain.

—Maninga iñomo wii monobain waoka inganpa — wedemone tedekantapa.

Aronke baaneke doo gokantapa onginga aye okeemente ponte epe pantakinga gogentapa. Maniyede Daya ooto omagato mongee wentapa.

Onyabocore nee gogentapa, otomeya weya ei wain wokegantapa, awenkabore wee womonte gogentapa epewere, akate ante ebano Daya keke ante.



La transformación

Desde su escondite, vio lo imposible.

Daya dejó su forma humana. Su piel se cubrió de plumas color azul brillante y marrón intenso.

Se transformó en martín pescador, la hermosa y pequeña ave que había visto tantas veces en el río. Voló hasta un tronco seco en la orilla y, al soltar una gota de su excremento en el agua, las shandias llegaron danzando a comer.

Con un zambullido veloz, las atrapó una a una.

Volvió a tierra, se transformó de nuevo en hombre y colocó los peces en la canasta.

Kingano bagakain

Wee womonte, nano wii ain akantapa.

Waoka ininga inke Daya bacantapa. Tomega aya ooma baakantapa wiñare tonon weinewoke aye naamenta bain.

Waoka ininga Daya batapa, wainga poniga kowee tomega epene kowee kowee tebenga nano aninga. Woo goo awenkaro nee gogentapa epene tekegere, goi too menga epene guiñonte tarangakoo pontapa kekete ante.

Maniyede tiñe tei gikampa epene geye adoke adoke geye tenonte engampa.

Okeme omonaya tadinke waoca bacantapa, geye oonge mao otore daga wengacaimpa.



El secreto revelado

El cazador regresó corriendo a la comunidad, y contó a su esposa lo que había visto.

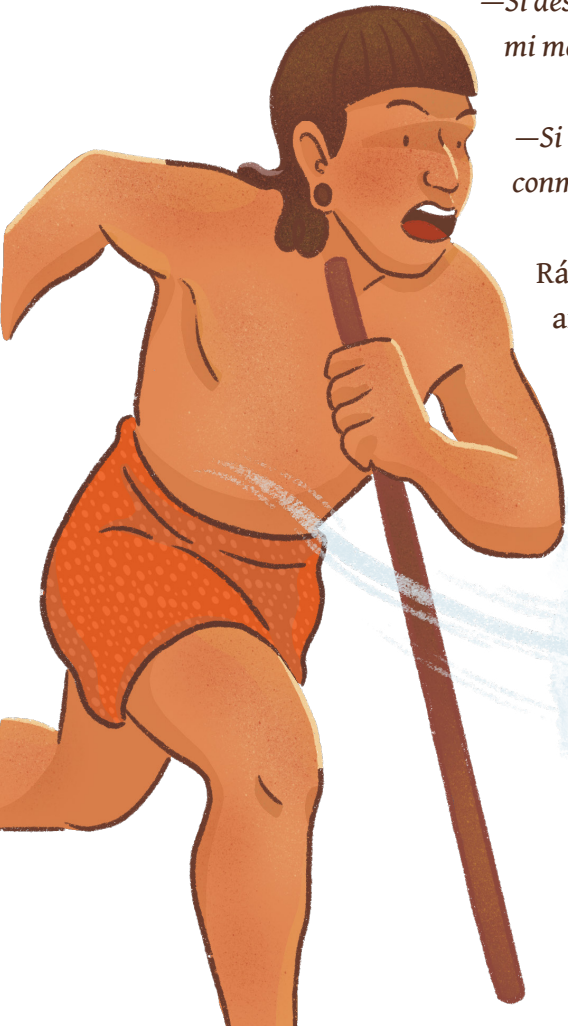
—¡*Daya es un pájaro! ¡Se convierte en Martín pescador! ¡No es humano! ¡Engaña a Boica!*

La noticia se esparció rápido. Algunos se burlaban, otros se asustaban. Daya escuchó los rumores desde el bosque. Se quedó quieto y pensativo.

—*Si descubren mi verdadera forma —pensó—, querrán deshacer mi matrimonio con Boica.*

—*Si saben quién soy, no podré quedarme. Y si me voy, debo llevar a Boica conmigo. Ella es fuerte, y la selva la ama tanto como yo—.*

Rápidamente, Daya comenzó a fraguar un plan de huida con su amada Boica, antes de que el chisme llegara a sus oídos.



Doobe eñenanitapa

Oonke goringa okeemente nani keweñomo ponte nanogenga ingante apeneka eñengampa nano adi.

—*¡Daya iñomo ayamo impa! ¡Tomenga iñomo Daya geye kenonga ingampa!*
¡Wii waoka ingampa! ¡Babe ante Boica tono kewengampa!

Doobe tiñe ponina eñee goranitapa. Pancadaniya barete toranitapa, warani geñente baranitapa. Daya iñomo doobe nani awemo ante tede eñentapa omere kewe inkete. Tomen-ga iñomo apokene aye ponente ingakaimpa.

—*Doobe eñenani ate boto ii —ante ponegacaimpa—, taa ñepobainanipa Boica tono boto kewe.*

—*Doobe boto kigano imoo ante eñenani ate, edonkete iñomo keweguimo. Boto ware gote ate, Boica ingante oon ente gokimo imopa, tomenga yekene teemo onkiyenga ingampa, omede yekene nangii ponenpa tomenga inga boto ponemain—.*

Daya yekene tiñe ponengatapa ebano kete ware gokimo ante Boica tono, aye tomenga onomonka nani tedekoo ponamaiyede.

El sueño que avisa

Esa noche, Boica soñó que caía dentro de una gran olla dulce, su piel se cubría de humedad y su voz cambiaba.

—*Madre, soñé que algo extraño, algo me va a suceder* —le dijo al despertar—.

Baja el canasto de maní, quizá sea la última vez que coma—.

Para los waorani era importante guardar un tipo de grano para ocasiones especiales.

La madre, aún medio dormida, respondió:

—*No digas eso, hija. Si estás en casa, nada malo puede pasarte—.*

Pero la selva ya había susurrado en el sueño el destino de Boica.

Wimonte doobe angantapa

Woyowote wimongapa, ñene kegenene waemepen poni ongoñomo guite, aye tomega baonga yoguite badinke aye tomenga wado tedete wete wimongantapa.

—*Bada, wiwa wimonte webopa, keeme wabano bakimo*—angantapa ñani omemoninke—.

Coromo mino aibe woronte neeno wenomi kemoe, wabano emewo kemo akimi—.

Doodani kowee coromo tein wente nenanitapa keeme keyeede beye ante.

Waana mowo emona tedenantapa:

—*Manomain anamain ii, boto wimi. Onkone ongomi, ebano kete wiwa bakimi—.*

Inkete doobe omere yekene iinke nano wimoni bain Boica bakinga ante intapa.

La miel en el árbol

Al día siguiente, al amanecer, Daya propuso una salida.

—*Vi un árbol de sangre de drago lleno de miel, de la más dulce y dorada. Vamos a buscarla.*

Boica fue sin dudarlo, acompañada de sus hermanos y unos niños curiosos.

Daya planeaba dejar a los niños entretenidos comiendo miel y huir con Boica, confesándole que era Martín Pescador.

—*Si ella me ama, me seguirá y volaremos juntos sobre el Curaray*—pensó.

Daya construyó una escalera de bejuco hasta la rama principal del antiguo y frondoso árbol, que en ese momento estaba florecido.

El viento soplaba fuerte, como si el árbol también respirara.

Geñe awemode ongo

Waa itede, ñaon bayonte, Daya agantapa kegonte pogimpa.

—*Taaro poñomo coyiwemore geñemo ñenegade poni mee ongontapa, waabano nangii waeme ponii ii, gote ate pongimpa.*

Boica iñomo aoo aninke gogacaimpa, adobain nanotonyadani aye wadani wiñenani gogadanimpa. Daya iñomo ponegatimpa wiñenani inanite geñe tadete bee tabo eñonanite Boica tono wodi winokeboimpa, Daya intabopa aninke.

—*Tomemga nangii boto imoo ponente ate geña ponginga aye geña gokemonaimpa Ewegono epe*— ponegantimpa.

Daya awe ñenky ñenky kiwacantapa ome gotiwii gotiwii ñenkedeme iiwaa pikewee awee impa, maniñede ongai podote encatapa awee.

Oboye nangii pementapa, ininke awee adobain gemantapa.

La decisión

—*Sube tú primero, Boica* —dijo Daya—.

Tu tienes que probarla antes que nadie.

Boica subió. Se arrodilló sobre el tronco. Cuando tocó la colmena, el árbol se abrió. Fue la selva quien la llamó. Y ella, sin miedo, entró.

Daya y los niños observaban perplejos como el árbol se cerraba tras de ella.

Angii beye

—*Bito tano ee, Boica* —Daya antapa—.

Bito tano ente bete aae ekame bedamaina yede.

Boica ee nicacapo awaa gongeninke. Geñe ongoñomo tao keñonga, awee ee enetapa, omere gonkanta nano aapirimain. Tomega geñenamian togoro guiikantapa.

Daya tono wiñenani waa adanitapa geñente ebano awee tee monete gongee tomenga giyogante.

El vuelo de Daya

Daya, con los ojos brillando y sin decir palabra, tomó la forma de Martín Pescador y sobrevoló el grupo, cantando:

—*¡Tein, tein, tein!*

Daya sabía que había desafiado las leyes de la selva, la unión entre él, un ave, y Boica, una mujer humana no podía durar mucho tiempo.

Con vuelo ligero desapareció entre los árboles.

Los niños corrieron a contar lo que habían visto y la comunidad entera se levantó.

El cazador con tono de reproche gritó — *Se los dije, Daya es un pájaro, no es humano.*

Daya dee gotapa

Daya, tomenga awinca wiñare bain kemoninke, aye tededamain ininke, ayamo Daya bacantapa badinke doobe pao pao wadani dayaidi bai gotantapa:

—*¡Tein, tein, tein!*

Daya iñomo doobe eñenonga inte omede nano amain, betente tomenga tono, ayamo, aye Boica onkiyenga waoca ininga inte ebano kete wantepiyen kewemanigan ante.

Wodeinga poni woo gorinke awenkore idewa gotapa. Wiñenani kiñen wodi godanitapa gore ankete ante nani arimain nani owoñomo.

Maniñede nee nangii oonga iñomo nangii tedecantapa.—*Doobe antabopa ayamo impa Daya, wii wao intapa*—.



El llamado

Los ancianos fueron al árbol. Golpearon su tronco con hachas y machetes, el árbol lloraba resina roja sin cesar. Desde dentro se oía un eco:

—*¡Aan, aan, aan...!*

Golpearon más fuerte hasta que se hizo una grieta.

Al abrirlo, vieron a Boica. Su rostro era humano, pero su cuerpo era el de la rana Aangañe. Sus ojos brillaban como si guardaran un gran secreto.

Aaa pete

Tomanani pikenani godanitapa. Mee mee yidanitapa awencaca aye
yeemencá adobain, awée iñomo nantate opatawe bate wekantapa.

Eñeñonanite awée kenkade tedetapa:

—*¡Aan, aan, aan...!*

Nangii paen paen yidanitapa ontato nani badoginganca.

Iiinke paan ente, ayonani Boica. Tomenga awinka waoca
ingantapa, aya yekene aangañe ingantapa. Tomenga
awinka nangii waemo keeme nani adamain
neente bain intapa.

Ya soy la selva

Ataron a Boica con una cuerda de chambira, para que no escapara.

Le ofrecieron chicha. Ella no bebió.

Al amanecer, completó su transformación. Su cuerpo se deslizó con agilidad por la cuerda y saltó a la tierra húmeda.

Antes de que pudieran alcanzarla, se internó en la selva. Ya era parte de ella.

La madre de Boica la siguió con la mirada. Luego, abrazó las hojas donde había estado su hija, y lloró hasta que el bosque la consoló.

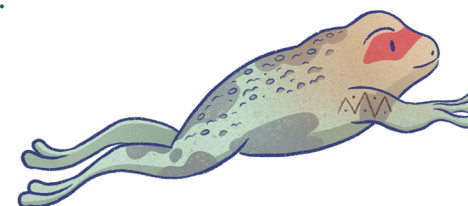
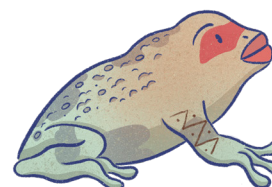
Omede kewemo imopa

Ononkariye onguemenka ite kete kegacainpa Boica inga, wii wori winokeaimpa ante, tepe
aye kengii godoyonani. Tomenga bedamain kenamain ingacaimpa.

Ñaon bayonte, iinke toma angaño bagacaimpa. Tomenga baon ini akii badinke, yeginkame
otomeño akime iñomo gogacaimpa.

Bei okonamaini yede, goobe omede gokantapa. Tomenga omere kinga ingantapa.

Boica waana iñomo nano godino wado gomonamain waa acongantapa. Aye, oñabokoga
okonte gogentapa tomenga wenga nano ongonte godiñomo, nanguin wekantapa aweinri
nani gane badoginca.



El canto del Curaray

Desde entonces, en Kenaweno se dice que Daya, convertido en martín pescador, vuela sobre el Curaray. Su canto atraviesa el río:

¡DAYA, DAYA, DAYA!

Boica habita en la rana Aangañe, y su voz resuena entre los troncos en las noches de lluvia: —*¡Aan, aan, aan!*

Las abuelas sabias enseñan que en la selva todo cambia de forma: humanos, animales y plantas somos uno solo. Lo que amamos no se va. Regresa con otra piel, otro canto.

“Escucha a la selva y a los sueños, porque ellos saben lo que los ojos no ven”.

Amotamoni Ewegono nani angain

Ooma eñaka, Daya barinke, Ewegono epe (Curaray) kewocampa. Tomenga amotamini toma epaa gopa:

—*Daya, daya, daya!*

Mani ñawoke, nani keweñomo boica onowoka kowe keweganpa ananipa Aangañe, aye tomenga kowe anganpa awenkode woyowote coone apoñede:

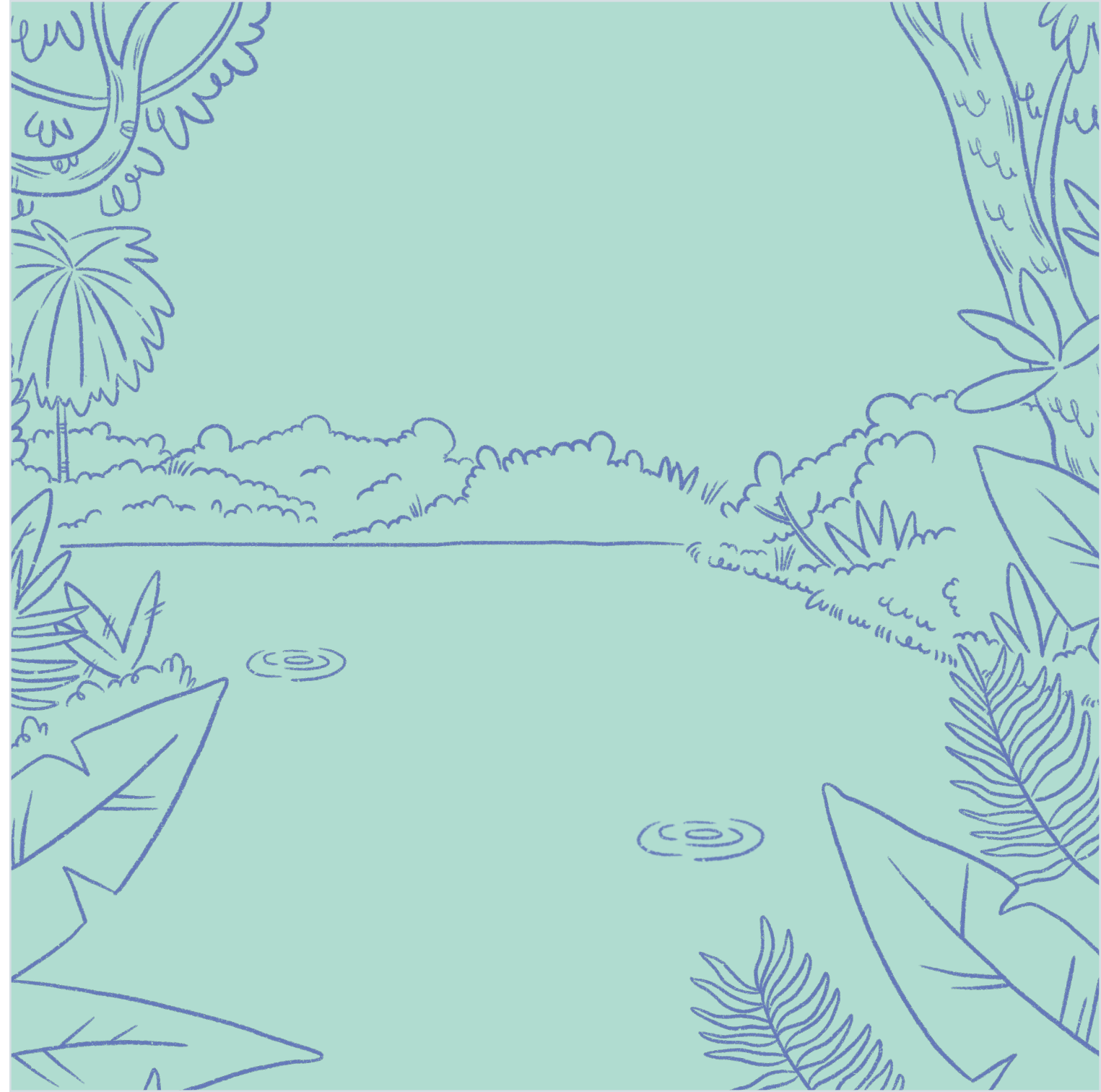
¡AAN, AAN, AAN!

Ñeñeidi nangii eñenani iñomo adomonte apenedanipa omere yekene keeme keeme babaimpa, waorani, oingaidi aye aweiiri tomamo adomonke imonpa. Mono wadepamo dee godamain impa.

Okeemente pompa waa emontai baate aye waa amotamini ante.

“Eñeen omere tono wimonkoo, tomenani iñomo eñedanipa awinka nano aramain ii”.

Actividad : Colorea a Daya, Aangañe y Boica.



“Dicen los abuelos waorani que,
al principio de los tiempos, el pueblo no conocía la pesca.
Vivían del monte, de la caza y de lo que la tierra ofrecía,
pero el río era solo un espejo profundo que no sabían leer.

Fue entonces cuando apareció Daya, el martín pescador”.

“Teredanipa memeidi waorani, weene warepo iñede, geye darongii
eñenamain inanitapa. Oinganke oonte kente kewenanitapa, oonte aye minte
pee eente, inkete epene yekene owokowenta bain guiibe ii aramain inanipa.

Iñotobe Daya ponte kee ate eñenaitapa”.



The Nature
Conservancy
Ecuador

